



Tomás Botella Yaquero

Licenciado en Ciencias Químicas. Dr. Química Industrial

Funcionario Técnico Superior de la Comisión Europea

COMPLEJIDAD, PERSONAS MAYORES Y SOCIEDAD

Cuando *algo* se califica como complejo, sea una entidad física, una organización, una teoría o cualquier concepto, es porque tiene una mayor dificultad para explicarse o ser comprendido que otros *algunos* comparables. Desde mediados del siglo pasado la complejidad es un concepto que ha ido adquiriendo cada vez mayor importancia en una variedad de disciplinas científicas, tanto en el dominio de las ciencias de la naturaleza como en el de las ciencias sociales, habiéndose desarrollado diversas teorías al respecto.

Una idea ampliamente aceptada en dichas teorías es que la complejidad, que parece que tiene una tendencia natural a aumentar con el transcurso del tiempo - al igual que otras magnitudes científicas, como es el caso de la entropía que mide el desorden de los sistemas termodinámicos - suele ser un factor determinante en las transformaciones evolutivas, bien sea de la materia, de los seres vivos o de las sociedades. De acuerdo con esta visión,

un aumento sustancial de la complejidad suele anunciar transformaciones relevantes en los sistemas físicos y/o sociales.

El final de la Segunda Guerra Mundial fue el inicio de una serie de cambios de todo tipo en nuestro planeta. En esa época, durante el periodo de niñez y juventud de los que actualmente estamos incluidos en el grupo social que se conoce como *personas mayores*, nuestra sociedad era básicamente **local y cerrada**, al coincidir un bajo nivel general de vida con las serias dificultades que existían para la movilidad física, debido al insuficiente desarrollo de las vías de comunicaciones y de los transportes. Los sistemas de telecomunicaciones se reducían al teléfono por operadora y al telégrafo, teniendo la información bastantes dificultades para propagarse, principalmente a través de la radio, que era el medio más al alcance de los ciudadanos. En aquel entonces solamente un porcentaje minoritario de nuestros abuelos percibía pensiones de jubilación y no eran derechos universales ni la educación ni la sanidad, aunque esta última tenía una cobertura proporcionada a las necesidades de la época.

En la década de los años 60 la sociedad comenzó a desarrollarse de manera sostenida en todos los ámbitos, de manera que en los últimos cuarenta años, debido principalmente a los cambios políticos y a los avances científicos en general, y de las telecomunicaciones y la informática en particular, ha alcanzado un progreso notable lleva aparejado un aumento importante de la complejidad, que la hace muy diferente de la sociedad en que vivimos en nuestra niñez y juventud. En el camino, nos hemos debido adaptar a modos de vida muy distintos en el **hiperconectado y abierto** mundo actual, en que la facilidad para la movilidad de las personas ha

aumentado drásticamente. Hoy en día se pueden encontrar billetes de avión para viajar a las antípodas, por precios equivalentes al de una comida en un autoservicio. Diariamente, sin movernos, recibimos información a través de cientos de canales de televisión, radio e internet y podemos comunicarnos en cualquier momento con conocidos, aunque residan en lo más recóndito de la selva amazónica, eso sí, a condición que tenga “señal” para conectarse a las redes de telecomunicaciones.

Este desarrollo se ha traducido en la mejora de prestaciones sociales actuales, como es el caso de las pensiones de jubilación, a pesar de existir negros nubarrones sobre el futuro de las mismas; también hacemos uso del sistema público y universal de salud con mucha más frecuencia y en mayor medida que cualquier generación anterior. Al mismo tiempo, hemos debido hacer un esfuerzo importante para adaptarnos a la sociedad moderna. Uno de los retos que ha emergido en este periodo ha sido el aprendizaje de los idiomas, ya que entre los que comenzamos el periodo laboral en la década de los setenta, eran muy pocos los que tenían conocimientos de algún idioma extranjero. Con el paso del tiempo el dominio de idiomas extranjeros se convirtió en un requisito esencial para el desarrollo de la vida profesional, de manera que muchos de nuestra generación tuvieron que hacer el esfuerzo de aprender otras lenguas a edades tardías, una tarea ardua, sin fin y hasta frustrante. Algo similar ha ocurrido con la informática y las telecomunicaciones, disciplinas también imprescindibles para sobrevivir en el mercado laboral desde hace varias décadas y a las que también llegamos con cierto retraso. El frenético desarrollo de las mismas nos ha obligado a reciclarnos varias veces, e incluso ahora, ya jubilados,

necesitamos la ayuda de hijos y nietos para no quedarnos bloqueados como usuarios de dichas tecnologías.

Un ejemplo de actualidad que confirma como algunas *nuevas complejidades* se nos han atragantado, se da en el terreno sociopolítico con el tema de la gobernabilidad (o gobernanza), entendiendo este concepto como el reparto de poder o competencias que existe entre las diferentes administraciones de los estados democráticos modernos. Nuestra Constitución de 1978 estableció básicamente tres niveles las responsabilidades competenciales, y por tanto de las tomas de decisiones: estatales, de las comunidades autónomas y de los ayuntamientos. A ellos se añadió un cuarto nivel competencial cuando España pasó a ser un estado miembro de la actual Unión Europea, de manera que en temas que exigen respuestas en el ámbito europeo (por ejemplo, las cuestiones medioambientales) u otros relacionados con la esencia de los tratados fundacionales (por ejemplo, la competitividad económica), las competencias europeas se superpone a las nacionales.

Toda esta arquitectura política y social, que ya es compleja en sí misma, se ha convertido en un galimatías indescifrable en el periodo pandémico que vivimos. Al ciudadano medio le cuesta llegar a comprender y discernir el nivel administrativo competente de las medidas y actuaciones de las diferentes administraciones, en la lucha contra la propagación del virus. De una manera general, los grupos políticos culpan de las miserias víricas a los partidos contrarios y se cuelgan sin pudor las medallas de cualquier buen resultado en el control de la pandemia. A todo ello hay que añadir que los niveles de propaganda, bulos y noticias falsas relacionadas, se han

desbocado, pues aunque hayan existido siempre no se difundían con la facilidad y la velocidad que lo hacen a través de las bien engrasadas redes sociales actuales.

Para descifrar las claves de esta situación compleja y poder comprenderla, hay que buscar apoyo en el análisis de los diversos factores entrelazados que pueden intervenir en la misma, como pueden ser disposiciones legales, datos científicotécnicos y de salud, aspectos económicos y quizás algunos elementos adicionales. Se puede concluir que el reparto de competencias y responsabilidades en nuestra sociedad actual es un problema complejo, no solamente para los mayores sino para el común de los mortales.

La sociedad de nuestra juventud parecía más sencilla, lineal y previsible, para lo bueno y para lo malo, sin atisbos de *complejidad* en el sentido de lo expuesto en los párrafos anteriores. Como mucho se podría hacer referencia a alguna situación que pudiese generar una cierta *perplejidad*, como la frase “La próxima semana...hablaremos del gobierno”, que se repetía al final de los programas televisivos de los geniales Tip y Coll, cuando todos sabíamos sin margen de error a qué gobierno se referían, el único entonces existente, y teníamos la certeza absoluta de que en los programas sucesivos no iban a hablar del tema.

Para terminar este escrito con un toque de optimismo, podría pensarse que el nivel de complejidad de la sociedad de comienzos del siglo XXI, son el anuncio de necesarios cambios sociales en las próximas décadas, con la emergencia de nuevos paradigmas que sustituyan a algunos actuales ya caducos. Todo ello con la esperanza de que los cambios vayan en la dirección correcta.